

Colección
Eclíptica Poética

LOS DÍAS *sin* SOL

LEONARDO
RAMPARDAL



Cefeo
Editorial

Los días sin sol

Los días sin sol

Leonardo Rampardal

Los días sin sol
© 2024 Leonardo Rampardal

Primera edición: octubre de 2024
Editorial Cefeo
San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del editor.

ISBN: pendiente de asignación

Diseño de portada: Derek Simón
Diagramación: Derek Simón
Corrección: Arturo Albores

Impreso en México / Printed in Mexico

Editorial Cefeo
San Cristóbal de las Casas
www.cimachiapas.edu.mx/editorialcefeo

Esta obra forma parte de la colección "Eclíptica poética"

Catálogo de publicaciones de la Editorial Cefeo:
www.cimachiapas.edu.mx/editorialcefeo

Los días sin sol
Copyright © 2024

Todos los derechos reservados se distribuye bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional, excepto cuando se especifiquen otros términos.

Contenido

Presentación	1
Dedicatoria	6
Lunes	
La cocina expansiva	11
Oxidadas cadenas del patio	13
Inventario de ausencias	15
Cartografía lunar	17
El imán nómada	19
Física cuántica para superhéroes	21
Glitch en la videollamada	23
Algoritmo del café matutino	25
Martes	
Cartografía genética	31
Lecciones del vacío	33
Mitología del supermercado	35
El ladrón del amanecer	37
Galaxias entre estantes	39
Diálogo nocturno con Orión	41

Miércoles

Ceniza invisible Ciclo de	45
lavandería Palomitas para	47
uno Guerrero en postura de	49
niño Cincuenta minutos de	51
jerga Mantra de pesas Lluvia	53
en San Cristóbal Úlcera de	55
tristeza Lasaña para cuatro	57
	59
	61

Jueves

Excavadora en la calle Guadalupe	65
Raíces contra el asfalto	66
Sintonizando el vacío	67
La crisálida del jardín botánico	68
Eclipse en el campus	70
Lecciones de un apicultor	72
Palimpsesto en la biblioteca	74
Fractales en el departamento de matemáticas	76
Filosofía en el comedero de aves	78
Cartografía de la ausencia	79
El gato de Schrödinger	80
Rutina de un jueves gris	81

Viernes

Metamorfosis interrumpida	85
Armadura de viernes	87

Palomitas frías a medianoche	89
Inventario de una habitación vacía	91
Tetris de horas vacías	93

Sábado

Jardín de tiempos cruzados	97
Teoría de la expansión del vacío	98
Espejo genealógico	99
Ciclo de pétalos	100

Domingo

El roble de futuros pasados	103
Inversiones matutinas	104
Ondas en el estanque cuántico	105
Formación de gansos impares	106
Colibrí en todos los tiempos	107

Presentación

En el panorama de la poesía hispanoamericana contemporánea, «Los días sin sol» de Leonardo Rampardal emerge como una obra de profunda introspección y resonancia emocional. Este poemario se erige como un monumento lírico al dolor de la separación, específicamente al trauma de la paternidad interrumpida. Rampardal construye un universo poético donde la ausencia se convierte en presencia palpable, y el tiempo se desdobra.

La estructura del libro, organizada según los días de la semana, no es un mero artificio formal, sino un andamiaje conceptual que sostiene la exploración emocional y filosófica del autor. Esta decisión estructural evoca la naturaleza cíclica del duelo, donde cada día es a la vez único en su dolor y parte de un patrón interminable de ausencia. El lunes, con poemas como «La cocina expansiva» y «Algoritmo del café matutino», establece el tono de desorientación y vacío que permeará toda la obra:

*«Mido los granos, oscuros y aromáticos,
cada uno un segundo de insomnio,
una pregunta sin respuesta, un 'te
extraño' nunca enviado.»*

Estos versos no solo capturan la cotidianidad alterada por la pérdida, sino que también introducen uno de los temas centrales del libro: la transformación de lo mundano en territorio de duelo y reflexión existencial.

A medida que avanzamos en la semana poética de Rampardal, la ausencia del hijo, Leonardo, se manifiesta en formas cada vez más complejas y matizadas. El autor emplea una variedad de técnicas literarias para transmitir la profundidad de esta ausencia. El uso recurrente de objetos cotidianos como anclas emocionales es particularmente efectivo. En «Inventario de una habitación vacía», los artículos personales del niño ausente se convierten en reliquias de una vida interrumpida:

*«Tus juguetes, ordenados en los estantes,
esperan pacientes el regreso de manos pequeñas. Tus libros,
con marcadores aún en las últimas páginas leídas, historias
interrumpidas, como la nuestra.»*

Este poema no solo cataloga los objetos físicos, sino que también inventaría la pérdida emocional, creando un poderoso efecto de presencia en la ausencia.

Uno de los aspectos más innovadores de «Los días sin sol» es la manera en que Rampardal entreteje conceptos de física moderna y filosofía contemporánea con la experiencia personal del duelo. Esta fusión de lo científico y lo emocional alcanza su apogeo en poemas como «Física cuántica para superhéroes» y «El gato de Schrödinger». En este último, el autor utiliza el famoso experimento mental de Schrödinger para explorar la naturaleza paradójica de la ausencia:

*«Según Schrödinger, existes y no existes simultáneamente.
Eres la partícula y la onda, la presencia y la ausencia.
En algún universo paralelo, nunca te fuiste. Allí,
seguimos siendo núcleo y electrón, inseparables en
nuestra danza atómica.»*

Este uso de conceptos científicos como metáforas para estados emocionales no es meramente ornamental; sirve para expandir el lenguaje del duelo, proporcionando nuevas formas de articular experiencias que desafían la expresión convencional.

El lenguaje de Rampardal oscila entre lo coloquial y lo metafísico, creando una tensión lingüística que refleja la lucha del narrador por reconciliar la realidad cotidiana con la magnitud de su pérdida. Esta dualidad se manifiesta de manera particularmente efectiva en poemas como «Palomitas frías a medianoche» y «Lasaña para cuatro», donde la preparación de alimentos se convierte en un acto de memoria y duelo:

*«Preparo una lasaña para cuatro
como si aún fuéramos una familia como si al
llegar a casa no fuera a comerla solo frente al
televisor, masticando recuerdos»*

La personificación de objetos inanimados y la atribución de cualidades emocionales a actos cotidianos crean un efecto de extrañamiento que subraya la desorientación del narrador en un mundo que ha perdido su centro emocional.

A lo largo del libro, Rampardal explora la fragmentación de la identidad que sigue a la pérdida de un hijo. El narrador se encuentra atrapado entre múltiples versiones de sí mismo: el padre que fue, el padre que ya no puede ser, y el hombre que debe seguir existiendo en un mundo que parece haber perdido su sentido. Esta multiplicidad del yo se refleja en poemas como «Metamorfosis interrumpida» y «Espejo genealógico», donde el autor juega con la idea de identidades potenciales y realidades alternativas:

*«Me pregunto si el amor es hereditario,
si el dolor se transmite a través de los eones. En el
árbol genealógico, cada rama es una pregunta: ¿Quién
soy en la historia que aún no se ha escrito?»*

La intertextualidad y las referencias culturales añaden capas adicionales de significado a la obra. Alusiones a figuras mitológicas como Ulises se entrelazan con referencias a la cultura contemporánea, creando un tapiz cultural que sitúa la experiencia personal del narrador en un contexto universal de pérdida y búsqueda. Esta técnica alcanza su punto culminante en poemas como «Diálogo nocturno con Orión» y «Cartografía lunar», donde la vastedad del cosmos se convierte en un espejo del vacío interior del narrador.

La progresión temporal a lo largo de la semana poética sugiere un arco narrativo sutil pero perceptible. Si bien el dolor de la pérdida nunca disminuye completamente, hay una evolución en la forma en

que el narrador se relaciona con su ausencia. Los poemas hacia el final de la semana, como «Colibrí en todos los tiempos» y «Ondas en el estanque cuántico», sugieren si no una resolución, al menos una aceptación de la naturaleza eterna y cíclica del amor y la pérdida:

*«Comprendo entonces que el amor,
como la luz, es onda y partícula. Está
en todas partes y en ninguna, y solo
existe cuando lo observamos.»*

Esta conclusión, que fusiona el amor paternal con conceptos de física cuántica, es emblemática de la aproximación única de Rampardal al tema del duelo.

«Los días sin sol» no está exento de momentos donde la intensidad emocional amenaza con desbordar la forma poética. En ocasiones, particularmente en las secciones finales de la semana, la reiteración de ciertos motivos y emociones roza lo redundante. Sin embargo, incluso estos momentos pueden interpretarse como un reflejo intencional de la naturaleza obsesiva y circular del duelo profundo.

En el contexto más amplio de la literatura hispanoamericana, «Los días sin sol» se inserta en una tradición de poesía que explora la pérdida y la memoria, reminiscente de obras como «Piedra de Sol» de Octavio Paz en su tratamiento del tiempo circular, o los poemas de duelo de Juan Gelman en su exploración del exilio emocional. Sin embargo, Rampardal aporta una voz distintivamente contemporánea a esta tradición, incorporando elementos de la física moderna y la filosofía posmoderna para crear un lenguaje poético que es a la vez íntimamente personal y universalmente resonante.

La obra de Rampardal también dialoga con la tradición de la poesía confesional, evocando ecos de poetas como Anne Sexton o Robert Lowell en su exploración descarnada de la experiencia personal. Sin embargo, la integración de elementos científicos y filosóficos eleva el texto más allá de la mera confesión, convirtiéndolo en una exploración más amplia de la condición humana en la era de la incertidumbre cuántica.

«Los días sin sol» de Leonardo Rampardal se revela como una obra de significativa importancia en la poesía contemporánea. A través de su exploración innovadora del duelo paterno, su fusión de lo cotidiano con lo cósmico, y su hábil manejo del lenguaje poético, Rampardal ha creado una obra que no solo conmueve emocionalmente, sino que también desafía intelectualmente. El libro ofrece una nueva gramática para hablar de la pérdida, una que reconoce la complejidad y la paradoja inherentes a la experiencia del duelo en el siglo XXI.

La capacidad de Rampardal para transformar el dolor personal en una exploración universal de la ausencia, la memoria y la identidad asegura que «Los días sin sol» trascienda las limitaciones de la poesía puramente confesional para convertirse en una meditación profunda sobre la naturaleza del amor y la pérdida en un universo que es a la vez determinista y profundamente incierto. En última instancia, este poemario no solo representa un logro artístico significativo, sino que también ofrece un consuelo peculiar pero poderoso: la idea de que incluso en nuestro dolor más profundo, estamos conectados a un cosmos vasto y misterioso, donde el amor, como la luz, es a la vez onda y partícula, presente y ausente, eterno y siempre cambiante.

Alexandro Zahara

Dedicatoria

Leonardo

Este libro es un registro preciso. Comienza el 18 de junio de 2023 y termina el 18 de octubre de 2024, día de su publicación. Son exactamente 488 días. 11,712 horas. 702,720 minutos sin ti y sin Sofía. No es un diario sentimental. Es un inventario de ausencias, un catálogo de silencios, una bitácora de preguntas sin respuesta. Cada página es un día menos y un día más. Cuando lo leas, si lo lees, encontrarás aquí la evidencia de un tiempo que existió y de otro que continúa existiendo. No es una súplica ni una justificación. Es simplemente lo que es: un documento de 488 días sin sol.

Papá

LUNES

La cocina expansiva

Esta mañana, mientras untaba mantequilla
en una tostada que se enfriaba rápidamente, noté que
la cocina parecía más grande de lo habitual, como si
durante la noche las paredes hubieran decidido dar
un paso atrás.

Quizás era el silencio,
ese invitado no deseado que ocupa
el lugar donde deberían estar tus risas,
llenando el espacio con su presencia invisible
como una niebla que se cuela por las ventanas.

Me pregunto si en tu casa nueva
la cocina también se expande así por las mañanas,
si los cereales suenan más fuerte en tu tazón
o si las naranjas que exprimes
guardan en su interior un sabor a nostalgia.

Miro el asiento vacío frente a mí y por un momento imagino que
está allí,
tu sombra desayunando conmigo,
bebiendo el café que ya no preparo para tres.

Es curioso cómo la ausencia tiene peso,
cómo puede sentarse a la mesa
y servirse una porción de nuestros días,
masticando lentamente los momentos
que ya no creamos juntos.

Al final, termino mi desayuno solitario,
limpio los platos, uno solo,

y me preparo para salir al mundo,
llevando conmigo esta cocina expandida,
este silencio que habla volúmenes,
y la esperanza de que algún día,
tal vez, las paredes decidan
acercarse de nuevo.

Oxidadas cadenas del patio

Hay un columpio en el patio trasero
que se mece solo en días ventosos,
como si estuviera poseído por el
fantasma de risas pasadas.

Lo instalé un sábado de primavera,
sudando bajo el sol de mediodía,
imaginando los gritos de alegría
que nunca llegaron a este espacio.

A veces, cuando el trabajo termina
y la casa está demasiado silenciosa,
me siento en él, mis pies adultos
rozando el césped que una vez fue verde.

Me pregunto si en algún parque lejano,
mis hijos se balancean hacia el cielo,
impulsados por manos que no son las mías,
alcanzando alturas que no puedo ver.

¿Recordarán cómo les enseñé
a doblarse hacia atrás, a estirar las piernas,
a sentir ese momento de ingravidez
en la cima de cada arco?

El chirrido de las cadenas oxidadas
suena como una canción de cuna a destiempo,
una melodía que ya no puedo tararear
para que se duerman por las noches.

En días particularmente solitarios,
imagino que el columpio es una máquina del tiempo,
que con el impulso suficiente podría lanzarme a un
futuro donde estamos juntos de nuevo.

Pero al final, siempre vuelvo a tierra,
los pies firmemente plantados
en este presente que se estira
como la sombra del columpio al atardecer.

Y aun así, lo mantengo,
engraso sus bisagras, tenso sus cadenas,
preparándolo para un mañana
que tal vez nunca llegue,
pero que no puedo dejar de esperar.

Inventario de ausencias

Los lunes por la noche, cuando el supermercado está casi vacío y las luces fluorescentes zumban como pensamientos inquietos, me encuentro en el pasillo de cereales, contemplando cajas coloridas como si fueran acertijos filosóficos.

Solía ser una tarea simple:

Cheerios para ti, *Froot Loops* para tu hermana.

Ahora, me quedo inmóvil, el carrito a medio llenar, preguntándome si aún les gustan, si han descubierto nuevos favoritos en ese otro hogar que no conozco.

Paso de largo la leche chocolatada,

esa que solía desaparecer como por arte de magia.

Mi nevera ya no alberga ese tipo de milagros, solo botellas de leche normal que expiran antes de que pueda terminarlas.

En la sección de frutas, selecciono manzanas con cuidado, recordando cómo solías morderlas dejando la perfecta impresión de tus dientes ausentes. Ahora, me pregunto cuántos de esos espacios se han llenado sin que yo lo sepa.

Evito el pasillo de juguetes

como si fuera una galería de arte moderno que no entiendo.

Los juegos de mesa me miran acusadores:

«¿Quién ganará ahora en el *Monopoly*?», parecen preguntar,

«¿Quién construirá imperios de hoteles rojos
en propiedades que ya no existen?»

Al final, mi carrito está lleno de ausencias:
el yogur que nunca compraba pero que ahora extraño,
las galletas que se acababan demasiado rápido,
los ingredientes para pizzas caseras de los viernes que
ahora son solo recuerdos con sabor a queso.

En la caja, la cajera me pregunta si encontré todo.
Asiento, sabiendo que es una mentira piadosa.
Lo que busco no está en estos pasillos,
no tiene código de barras,
no se puede pesar ni envolver.

Salgo al estacionamiento,
las bolsas ligeras en mis manos,
consciente de que he comprado
justo lo suficiente para uno,
pero con un hambre que ninguna comida puede saciar.

Cartografía lunar

Anoche, mientras sacaba la basura,
una tarea tan mundana como olvidar un cumpleaños,
miré hacia arriba y me encontré cara a cara con la luna,
redonda y brillante como una moneda recién acuñada.

Recordé entonces nuestra vieja tradición,
esa que inventamos en una noche de insomnio
cuando eras pequeño y la oscuridad te asustaba:
buscar formas en las manchas lunares.

Así que allí estaba yo, con la bolsa de basura en una mano
y la otra apuntando al cielo como un astrónomo aficionado,
trazando el contorno de lo que podría ser un conejo,
o tal vez un dragón con un sombrero de copa.

Me pregunté si, a kilómetros de distancia,
en tu nueva habitación con las estrellas fosforescentes que pegamos juntos,
estarías mirando la misma luna,
inventando historias sobre sus cráteres y mares.

Saqué mi teléfono, ese portal mágico
que nos conecta a través del abismo de la distancia,
y te envié un mensaje:
«La luna tiene puesto un sombrero gracioso esta noche».

Pasaron minutos que se estiraron como chicle,
mientras yo, un hombre adulto, esperaba ansioso
como un adolescente después de su primera cita,
hasta que mi pantalla se iluminó con tu respuesta:

«Yo creo que es una *pizza* gigante mordida por un monstruo espacial».

Y allí, en el frío de la noche,
con los cubos de basura como única compañía,
sentí que el universo se encogía un poco,
que la distancia entre nosotros
era solo un pequeño paso para el hombre.

Nos quedamos así, padre e hijo,
separados por kilómetros pero unidos por la imaginación,
creando constelaciones personales,
dibujando mapas de estrellas que solo nosotros podíamos leer.

Y por un momento, la luna dejó de ser
ese satélite distante y frío,
para convertirse en nuestro patio de juegos privado,
un lienzo celestial donde nuestros mundos aún se tocaban.

Eventualmente, la basura fue depositada, los
mensajes se desvanecieron en el éter, pero esa
sensación de conexión persistió, brillante y eterna
como las estrellas sobre nosotros.

El imán nómada

Hay un imán en mi nevera
con la forma de un estado que nunca he visitado, un
recuerdo de un viaje que no hice, pegado allí por
manos que ya no alcanzan la puerta.

Lo muevo cada mañana,
un centímetro a la izquierda, dos a la derecha,
como si al cambiar su posición
pudiera alterar la geografía de nuestra separación.

A veces, sostengo la puerta abierta más tiempo del necesario,
dejando escapar el frío,
solo para sentir el zumbido del motor,
un sonido que me recuerda a tus preguntas incesantes
sobre cómo funcionan las cosas.

El imán sostiene una foto tuya,
sonriendo con un diente menos,
una imagen que se desvanece más lentamente
que tu voz en mi memoria.

Me pregunto si en tu nueva nevera
hay un mapa magnético de este lugar,
si tus dedos trazan las carreteras invisibles
que podrían traerte de vuelta.

Los lunes, el imán sujeta la lista de la compra,
los martes, un dibujo que hiciste hace años,
los miércoles, nada,
porque algunos días el vacío pesa más que cualquier recuerdo.

He pensado en quitarlo,
en guardarlo en un cajón con otras reliquias:
las tarjetas del día del padre hechas en la escuela,
losticketsde cine de nuestras tardes de palomitas y risas.

Pero cada vez que mi mano se acerca,
el imán parece pegarse con más fuerza,
como si entendiera su misión:
mantener un trozo de ti
en este espacio que compartimos a distancia.

Así que sigue allí, centinela silencioso,
testigo de desayunos solitarios y cenas para uno,
sosteniendo más que papel y fotos,
cargando el peso de los kilómetros y los días,
un pequeño ancla en el mar de la ausencia.
Y cada noche, antes de apagar las luces,
paso mis dedos sobre su superficie lisa,
un gesto a medio camino entre una caricia y una oración,
esperando que de alguna manera,
a través de la magia de los campos magnéticos y el amor,
puedas sentir mi tacto en la distancia.

Física cuántica para superhéroes

Hoy, mientras doblaba la ropa,
me encontré sosteniendo tu vieja camiseta de superhéroes,
la que insistías en usar tres días seguidos, como si el poder
de volar o la superfuerza pudieran transferirse por ósmosis
a través de la tela.

Extiendo los brazos, pequeños pero valientes,
que una vez abrazaron el mundo.
Aliso las arrugas, batallas invisibles
contra villanos hechos de jugo de uva y tierra de jardín.

Hay un arte en doblar la ropa de alguien que no está,
un ritual tan preciso como doblar origami:
Primero, volteas el tiempo,
alisando recuerdos en lugar de algodón.
Luego, doblas por la mitad los «te extraño»,
ocultando las manchas de culpa que no salen en el lavado.

Doblo un brazo sobre el otro,
como si la camiseta estuviera cruzándolos,
en ese gesto obstinado que hacías
cuando te negabas a comer tus verduras.
Me pregunto si aún haces esa pose,
si alguien más conoce su significado secreto.

Al doblar el cuello, mis dedos rozan la etiqueta que picaba
tu nuca, esa que cortamos juntos una tarde de verano,

declarando tu independencia de las etiquetas incómodas y, sin saberlo, ensayando para separaciones más grandes.

Finalmente, doy la vuelta al pequeño rectángulo de tela, ocultando el estampado de superhéroe.

Ahora parece una camiseta cualquiera, anónima y ordinaria en la pila de la ropa limpia, como si pudiera pertenecer a cualquier niño, en cualquier casa, en cualquier vida menos complicada.

La coloco en el cajón que aún lleva tu nombre, un museo de crecimiento en pausa, donde las camisetas se encogen por la ausencia y los calcetines siempre están desaparejados, esperando un pie que ya no encaja en ellos.

Y me quedo allí, con las manos vacías, maestro de un arte que nadie aprecia, doblando y desdoblando el espacio entre nosotros, planchando arrugas en el tejido del tiempo.

Glitch en la videollamada

El lunes por la tarde, mi teléfono cobra vida
con una melodía que he aprendido a asociar con tu rostro pixelado
y tu voz ligeramente distorsionada, como si las ondas de radio
tuvieran que atravesar no solo kilómetros
sino también capas de tiempo y ausencia.

Te veo en la pequeña pantalla, un marco digital
que contiene más de ti de lo que mi casa ha visto en meses.
Tu habitación de fondo es un país extranjero,
con pósters que no reconozco y una ventana
que da a un cielo que no comparto.

Hablamos de tu semana, de la escuela, de ese nuevo amigo
cuyo nombre pronuncio con cuidado, como si fuera frágil.
Me muestras un dibujo, lo acercas tanto a la cámara
que por un momento solo veo un borrón de colores,
una abstracción de nuestra relación.

Intento leerte una historia, como solíamos hacer,
pero las palabras chocan con el ligero retraso,
creando un eco que convierte los cuentos de hadas
en trabalenguas accidentales que nos hacen reír.
Es un nuevo tipo de magia, supongo.

En medio de nuestra charla, tu imagen se congela
por unos segundos que se sienten como años.
Tu sonrisa, atrapada en el limbo digital,
me recuerda a esas fotografías en mi billetera,
instantáneas de un tiempo que la tecnología no puede recuperar.

Cuando la imagen vuelve a la vida, has cambiado de posición,
un salto cuántico que me recuerda
cuánto de tu día a día me estoy perdiendo,
cuántos pequeños movimientos y gestos
ocurren fuera de este rectángulo luminoso.

Al final de la llamada, ambos dudamos,
nuestros dedos flotando sobre el botón de colgar
como si al no tocarlo pudiéramos detener el tiempo,
mantener abierto este portal entre nuestros mundos.

Pero la batería baja y la cena espera,
así que nos despedimos con besos virtuales
que saben a cristal y electricidad.

La pantalla se oscurece y me quedo mirando
mi propio reflejo, un padre a medias,
sosteniendo un dispositivo que es a la vez
un puente y un abismo.

Guardo el teléfono en mi bolsillo,
llevándote conmigo, de alguna manera,
mientras me pregunto si esta cercanía digital nos
acerca o solo ilumina la distancia entre nosotros,
un rompecabezas moderno que ni los más sabios
filósofos de *Silicon Valley* podrían resolver.

Algoritmo del café matutino

En la penumbra de la cocina,
donde el amanecer aún no se atreve a entrar,
ejecuto la ceremonia del café con la precisión
de un relojero ciego.

Mido los granos, oscuros y aromáticos,
cada uno un segundo de insomnio,
una pregunta sin respuesta,
un «te extraño» nunca enviado.

El molino gruñe, triturando
no solo café, sino también
los restos de mis sueños,
donde aún somos tres en esta casa.

Vierto el agua en la cafetera,
observo cómo se calienta,
burbujas que suben y estallan
como los planes que hicimos.

El aroma se expande, invade cada rincón,
despertando fantasmas:
tu risa en el pasillo,
tus pasos apresurados en la escalera.

Saco tu taza favorita,
esa con el dibujo de superhéroe
ya casi borrado por el tiempo y el uso.
La lleno de leche fría, por si acaso.

El café está listo.
Lo sirvo en mi taza,
negro y amargo, como
este lunes sin ti.

Me siento a la mesa de la cocina,
donde tu silla vacía
me mira con reproche.
¿O es mi imaginación culpable?

Sorbo lentamente,
dejando que el calor y la cafeína
construyan el hombre que debo ser hoy:
profesor, colega, adulto funcional.

Pero con cada trago,
siento cómo se disuelve
el padre que fui,
el padre que ya no puedo ser.

El reloj marca las 7:15.
Pronto tendré que salir,
enfrentar un mundo
que no se detiene por ausencias.

Lavo la taza, la seco, la guardo.
Tu taza de leche sigue en la mesa,
intacta, esperando.
La tiro por el fregadero.

Mañana volveré a prepararla.
Mañana volveré a tirarla.
Es un ritual, una penitencia,
una esperanza terca y absurda.

Tomo mi maletín, mis llaves.
El café ya corre por mis venas,
manteniendo a raya el cansancio,
pero no el dolor de tu ausencia.

Salgo a la calle fría de San Cristóbal.
Otro día comienza,
otra representación del papel
de un hombre que finge que no le falta una mitad.

MARTES

Cartografía genética

En el espejo, busco tus rasgos en mi rostro,
como si pudiera conjurarte en el reflejo de mis ojos.
¿Cuánto de mí llevas contigo, Leonardo? ¿Qué
porcentaje de tu sonrisa es herencia de la mía?

Dicen que el ADN es un mapa,
pero el tuyo es un atlas de territorios inexplorados,
continentes que se separan con cada día que pasa.
Me pregunto si tus células recordarán las mías,
si en la profundidad de tus huesos
hay una brújula genética que apunta hacia mí.

Cuentan que los padres e hijos separados
a veces desarrollan vidas paralelas sin saberlo.
¿Elegirás los mismos sabores de helado que yo?
¿Tus manos se moverán con los mismos gestos al hablar?

Imagino tu cuerpo creciendo lejos del mío, cada
centímetro una distancia que no puedo medir.
Quisiera ser una cadena de ADN, enrollarme en
cada nueva célula tuya, ser parte de cada versión
futura de ti.

En la ducha, el agua cae como un recuerdo líquido
de cuando te bañabas, tu risa haciendo eco en el baño.
Ahora, solo el sonido del agua contra los azulejos,
un código Morse incompleto que no logro descifrar.

Me visto y cada prenda es una segunda piel
que no logra cubrir la desnudez de tu ausencia.
La corbata, una sog a floja alrededor de preguntas sin respuesta:

¿Quién te anudará la corbata en tu primera cita?
¿Quién te enseñará a afeitarte esa barba que aún no crece?

Salgo a la calle y el viento me golpea,
llevándose consigo células muertas de mi piel.
Me gusta pensar que viajarán lejos,
que alguna, quizás, te rozará la mejilla
en una caricia biológica, microscópica,
un beso paterno en clave genética.

Y así, hijo mío, comenzamos este martes,
tú llevando mis genes como un equipaje invisible,
yo cargando tu ausencia como un cromosoma extra,
ambos replicando, sin saberlo,
una historia de amor escrita en espiral.

Lecciones del vacío

Hoy, en clase, un alumno preguntó sobre el vacío en física.
Hablé de átomos, de espacio entre partículas,
pero pensaba en el hueco que dejaste en casa,
en cómo tu ausencia tiene masa y ocupa lugar.

Si pudiera, dictaría una clase sobre ti,
sobre la gravedad de un hijo que no está,
sobre cómo tu falta distorsiona el espacio-tiempo,
haciendo que los martes duren siglos
y los fines de semana sean apenas un parpadeo.

En el laboratorio, observamos células al microscopio.
Cada núcleo me recuerda el centro de nuestro hogar,
ahora desplazado, como un organelo sin rumbo.
¿Es así como se siente una célula cuando pierde su núcleo?
¿Desorientada, incompleta, buscando su centro?

Durante el descanso, un colega muestra fotos de su hijo.
Sonrío, asiento, interpreto el papel del profesor interesado,
mientras por dentro enumero todas las fotos tuyas que no tengo:
tu último día de quinto de primaria, tu voz cambiando,
la constelación de acné en tu frente pre-adolescente.

En la cafetería, el menú es un crucigrama de ausencias:
Horizontal: Tu comida favorita que ya no preparo.
Vertical: El postre que compartíamos los martes.
Diagonal: Todas las cenas que no tendremos.

De vuelta en el aula, escribo fórmulas en la pizarra,
ecuaciones que no logran despejar la incógnita de tu paradero.
Si pudiera reducir tu ausencia a una ecuación,

quizás podría resolverla, encontrar la variable que te traiga de vuelta.

Al final del día, reviso exámenes,
cada error es una oportunidad de enseñanza.
Pero, ¿quién corrige los errores de un padre?
¿Quién pone notas a las lecciones no aprendidas,
a las palabras no dichas, a los abrazos no dados?

Cierro el aula, el eco de mis pasos en el pasillo vacío
es el sonido de todas las conversaciones que no tenemos.
Cada día en esta escuela es un curso intensivo sobre ti,
una maestría en recordar, un doctorado en extrañar.

Y así, Leonardo, termino este martes lectivo,
graduados *uma cum laude* en la universidad de tu ausencia,
con un título que no puedo colgar en ninguna pared,
pero que llevo tatuado en cada célula de mi ser.

Mitología del supermercado

En el supermercado, entre pasillos de abundancia,
busco los rastros de nuestra mitología privada.
Aquí, las galletas que transformábamos en monedas de oro,
tesoro de piratas en mares de leche.

Allá, los espaguetis que eran serpientes dóciles,
enrollándose en el tenedor antes de desaparecer,
engullidas por el monstruo hambriento que eras tú.

En la sección de frutas, manzanas rojas me recuerdan
cuando te contaba de Blancanieves mientras las cortaba,
cada gajo una página comestible de cuento.

Paso por los cereales, guerreros multicolores
que libraban batallas épicas en el tazón cada mañana.
Tu cuchara era una catapulta, cada bocado una victoria.

En la caja, la cinta transportadora es un río estigio,
llevándose los restos de nuestros rituales compartidos.
Pago con billetes que ya no son dragones dormidos
esperando ser despertados por tus manos pequeñas.

Cargo las bolsas, cada una un mundo encapsulado,
universos comestibles que ya no poblaremos juntos.
En el camino a casa, los autos son carabelas
navegando un asfalto que no te llevará a mi puerto.

Entro al apartamento, esta Ítaca vacía donde ya no me
espera ningún Telémaco.
Guardo cada *item* con cuidado de arqueólogo,
preservando los artefactos de una civilización extinta.

En la nevera, tu *yogur* favorito caduca lentamente,
como una ofrenda olvidada en un templo abandonado.
El reloj de la cocina no marca horas, sino eras: la era
Antes de Ti, la era Contigo, la era de tu Ausencia.

Y así, mi pequeño Ulises extraviado,
otro martes se convierte en leyenda,
un mito más en este panteón de lo cotidiano,
donde cada dios tiene tu rostro
y cada historia termina contigo regresando.
Pero yo, no puedo tejer tu vuelta.

Solo puedo acumular estos fragmentos de épica doméstica,
esperando que algún día vuelvas a casa
y podamos releer juntos,
entre risas y tal vez algunas lágrimas,
los versos incompletos de nuestra Odisea interrumpida.

El ladrón del amanecer

Anoche soñé contigo, Leonardo,
tus once años condensados en un abrazo, tu
risa llenando los huecos de esta casa vacía.
Corrías por el pasillo, tus pasos un tambor que
marcaba el ritmo de un corazón completo.

Pero el amanecer es un ladrón cruel,
se lleva los sueños y deja solo la vigilia,
ese estado donde la ausencia pesa más que la gravedad.
Abro los ojos a un martes sin sol,
las nubes, cómplices de mi melancolía.

Me levanto, autómata de la rutina, cada
movimiento una negociación entre el deseo de
volver a la cama, a ese sueño, y la obligación de
enfrentar otro día en este mundo que gira sin
ti.

El café no logra despejar la niebla de mi mente,
donde aún resuenan ecos de tu voz soñada.
Miro el reloj, las manecillas conspiran
para empujarme hacia una realidad
donde no existen los abrazos de once años.

Salgo a la calle, el frío me golpea,
bofetada final para arrancarme del sueño.
San Cristóbal se despereza lentamente,
ajena a mi batalla interna,
a este tira y afloja entre lo que fue y lo que es.

Camino hacia la universidad, cada paso
un alejamiento de esa realidad nocturna donde
aún eramos padre e hijo, donde el tiempo no era
un río que nos separaba sino un océano en el
que nadábamos juntos.

Y así comienza este martes, Leonardo,
atrapado entre el sueño y la vigilia,
entre el deseo y la resignación.

Porque incluso en la más cruel de las realidades,
aún puedo soñarte, aún puedo sentirte,
aunque sea en ese breve momento
entre la noche y el día,
cuando todo es posible
y tú estás aquí, conmigo, otra vez.

Galaxias entre estantes

La tarde se estira como un gato perezoso,
y mis pies, rebeldes, me llevan lejos de la universidad.
Camino sin rumbo por las calles de San Cristóbal,
hasta que me encuentro frente a la vieja librería, esa
que solíamos visitar juntos.

La campana suena cuando abro la puerta, un
timbre que parece sacudir el polvo de los años. El
olor a papel viejo y a historias por contar me golpea
como una ola de nostalgia. Aquí, en estos estantes,
solíamos buscar aventuras, mundos nuevos que
explorar desde el sofá de casa.

Paso mis dedos por los lomos de los libros,
cada título un recuerdo, cada autor una punzada.
Aquí está el de piratas que tanto te gustaba,
allá, la enciclopedia de animales que hojeabas por horas.
Tomo un libro al azar, lo abro:
«El Principito». El destino tiene un sentido del humor cruel.

El dueño de la librería me mira con curiosidad,
quizás reconociéndome de aquellas visitas pasadas.
No se acerca, respeta este momento
en que un hombre y un libro son toda una galaxia
de lo que fue y lo que pudo haber sido.

Las horas pasan, el sol se pone tras las ventanas polvorientas.
Cierro el libro, lo devuelvo a su estante
como quien entierra un tesoro o un secreto.
Camino hacia la salida, mis manos vacías
pero mi corazón lleno de palabras no dichas.

Antes de irme, compro un libro, uno nuevo,
con páginas que aún huelen a tinta fresca y posibilidades.
Tal vez algún día, Leonardo, leeremos juntos de nuevo.
Tal vez algún día, estas páginas serán un puente
entre tu mundo y el mío, entre el ayer y el mañana.

Salgo a la calle, el libro es un peso reconfortante en mi bolsillo.
La noche ha caído sobre San Cristóbal,
las estrellas asoman tímidas entre las nubes.

Miro hacia arriba y por un momento,
somos de nuevo tú y yo, contando estrellas,
inventando constelaciones, creando universos
con nada más que palabras y amor.

Diálogo nocturno con Orión

La medianoche llega y el sueño me elude,
un invitado que ha olvidado mi dirección.
Doy vueltas en la cama, las sábanas son un océano en
el que me ahogo sin llegar a ninguna orilla.
Tu ausencia es más palpable en estas horas muertas,
cuando el silencio amplifica cada recuerdo.

Me levanto, fantasma en mi propia casa,
y camino hacia la ventana como un sonámbulo.
Abro las cortinas y ahí está: el cielo nocturno,
un manto de terciopelo negro salpicado de diamantes.
Recuerdo cómo te gustaba mirar las estrellas, Leonardo,
cómo inventábamos historias para cada constelación.

Abro la ventana, el aire frío de la noche
es un bálsamo para mi piel febril de insomnio.
San Cristóbal duerme, ajena a mi vigilia,
a este diálogo silencioso que mantengo con el cielo.

MIÉRCOLES

Ceniza invisible

El campus es un puto cementerio hoy
todos con cruces en la frente como si
necesitáramos más recordatorios de que
somos polvo

me toco la frente
limpia como mi conciencia
o eso me digo
mientras camino entre zombis

en clase hablo de Pompeya
de cómo la ceniza preservó todo
y pienso en nosotros
en cómo quisiera congelarnos en el tiempo
antes de que todo se fuera a la mierda

un estudiante pregunta sobre el dolor
de los que murieron en la erupción
y casi me río
qué saben ellos del dolor
de la lava de la ausencia
que quema cada puto día

en la cafetería
el pescado es el especial
porque claro
es miércoles de ceniza
y todos quieren sentirse
un poco menos culpables

como mi *sándwich* de atún
masticando cada bocado
como si fuera penitencia por
todos los miércoles que ya
no compartimos

al final del día
me limpio la frente invisible
de una ceniza que no está ahí
pero que siento todo el tiempo
el recordatorio constante
de que todo se reduce a polvo
incluso los padres
incluso los hijos
incluso nosotros

Ciclo de lavandería

El miércoles es día de lavandería
porque claro
la ropa sucia no espera ni siquiera a los
padres con el corazón roto

arrastro la cesta
como si llevara piedras
cada calcetín un recuerdo
cada camiseta una historia
que ya no puedo contar

la lavandería está casi vacía
solo yo y una vieja
que me mira como si supiera
que estoy lavando más que ropa

separo colores blancos oscuros
como si pudiera separar los días
buenos de los malos los días contigo
de los días sin ti

meto la ropa en la lavadora
el detergente huele a limpio
a nuevo
a posibilidades
que sé que son mentira

me siento a esperar
la vieja me ofrece una revista

la tomo por cortesía
leo sobre vidas perfectas
familias felices
y quiero vomitar

la lavadora da vueltas y vueltas
como mis pensamientos
como este ciclo de mierda
en el que estoy atrapado

saco la ropa
aún caliente
la abrazo por un momento
pretendiendo que es algo más
que solo tela y agua

doblo cada pieza
con un cuidado que nunca tuve antes
como si al hacerlo
pudiera mantener unida
esta vida que se deshilacha

salgo con la cesta llena
de ropa limpia y esperanzas sucias
otro miércoles
otro ciclo completo
en esta lavandería
que llamamos vida

Palomitas para uno

Es miércoles y estoy en el cine
solo
porque es lo que hago ahora
pretender que tengo una vida

la película es una mierda
algo sobre superhéroes
salvando el mundo
me pregunto quién nos salva a nosotros

como palomitas cada una un
recuerdo de tardes de
película contigo tu risa
mezclada con el crujir

en la pantalla
el tipo consigue a la chica
salva el día
todos felices
pura basura

miro alrededor
parejas abrazadas
niños emocionados
familias completas
me siento un intruso
en este mundo de dos dimensiones

salgo antes de que termine
no necesito ver el final feliz
ya sé cómo es eso

lo tuve una vez
ahora solo tengo
estos miércoles de mierda

en el estacionamiento
el cartel anuncia la próxima película
«Boyhood»
una comedia familiar
me río tan fuerte que casi lloro
o lloro tan fuerte que casi río
ya no sé la diferencia

conduzco a casa las calles
vacías como mi vida como
este miércoles que se
estira infinito una película
sin fin donde soy el
protagonista de una
historia que ya no quiero
ver

Guerrero en postura de niño

El miércoles hago yoga
porque el terapeuta dice que necesito
«conectar con mi cuerpo» como si mi
cuerpo no fuera el puto recordatorio
constante de que estoy solo

el estudio huele a incienso y a mentiras
todos aquí parecen tener su vida resuelta
con sus *mats* caros y sus polainas de diseñador
me siento como un fraude con mis pantalones
viejos

la instructora habla de paz interior
de encontrar nuestro centro
y quiero gritarle que mi centro
está en otra ciudad
viviendo con su madre

hacemos la pose del guerrero
y me siento todo menos un guerrero
más bien como un soldado caído
en esta batalla diaria
que es extrañarte

en la postura del niño
cierro los ojos tan fuerte que duele
tratando de recordar
cómo se sentía abrazarte
cómo olía tu cabello
después de un baño

al final, enshavasana
se supone que debo «dejar ir»
pero cómo dejar ir
lo único que quiero sostener

salgo del estudio
sudado y adolorido
pero no del modo que esperaba
el dolor es más profundo
está en un lugar
que ninguna pose de yoga puede alcanzar

camino a casa
sintiéndome más rígido que antes
más consciente de los espacios vacíos
en esta pose imposible
que es ser padre a distancia

Cincuenta minutos de jerga

El consultorio huele a falsa calma
a promesas de «todo estará bien»
que sé que son pura mierda

Me hundo en el sofá
como si pudiera desaparecer
en sus cojines color *beige*

La terapeuta me mira
con esa cara de «te entiendo»
que me dan ganas de gritar

«¿Cómo te sientes hoy?»
pregunta
como si los miércoles tuvieran
un sentimiento especial

Le hablo de ti
de los espacios vacíos
de cómo la casa es ahora
un puto museo de ausencias

Ella asiente, toma notas
traduce mi dolor
a jerga psicológica

Me pide que respire
que me centre
que visualice un lugar seguro

¿Acaso no entiende que mi lugar seguro
se fue contigo?

Cincuenta minutos
de hurgar en heridas
que preferiría ignorar

Al final me dice
«Has hecho un buen trabajo hoy»
como si desmoronarme
fuera una puta hazaña

Salgo a la calle
el sol de miércoles
tan brillante que duele
igual que este intento
de arreglar lo irreparable

Camino de vuelta a casa con una nueva cita
para el próximo miércoles y la sensación de
que por más que hable nunca podré decir lo
que realmente importa

Mantra de pesas

El gimnasio es un purgatorio de espejos
y tipos que gruñen levantando pesas como
si eso los hiciera más hombres

Estoy aquí porque el médico dice
que necesito «liberar endorfinas»
como si la química pudiera arreglar
este desastre que llamo vida

Corro en la cinta
un *hámster* en una rueda sin ir a
ninguna parte
igual que mis pensamientos sobre ti

Levanto pesas
cada repetición un mantra
de «por qué», «por qué», «por qué»
que no tiene respuesta

En las máquinas
trato de reconstruir
al hombre que era
al padre que ya no puedo ser

El sudor se mezcla con lágrimas
que pretendo no están ahí
porque los hombres de verdad
no lloran en el puto gimnasio

Una chica me sonríe
en el espejo

y por un segundo pienso
que quizás podría...
pero no
esa vida ya no es para mí

Termino exhausto
músculos gritando
pero el dolor ahí dentro
sigue intacto

Mientras me ducho
pienso en cómo solía
enseñarte a nadar
en cómo tu risa llenaba
los vestuarios

Salgo a la noche de miércoles
cuerpo cansado
corazón igual de pesado
preguntándome si algún día
habrá un ejercicio
para fortalecer
un alma rota

Lluvia en San Cristóbal

La lluvia cae como si el cielo
también estuviera de luto empapo
mis zapatos en los charcos que
reflejan un mundo al revés

Camino por las calles de San Cristóbal
cada gota es un recuerdo
de tardes de película contigo
de guerras de agua en el jardín

Los paraguas son barcos a la deriva en este
mar de asfalto y melancolía me pregunto si
donde estás también llueve si alguien te dice
que no saltes en los charcos

Paso frente a la tienda de impermeables
recuerdo tu chubasquero amarillo
cómo brillabas bajo la lluvia
un sol en miniatura que ya no calienta mis días

Las gotas se deslizan por mi cara
mimetizándose con lágrimas que niego
porque los hombres no lloran
y los padres menos
aunque estén rotos por dentro

El bar de la esquina me llama
promete un refugio seco
y el olvido temporal que da el alcohol
pero sigo caminando

porque sé que ningún *whisky*
puede ahogar esta tormenta interna

Llego a casa empapado
el felpudo dice «Bienvenido»
una broma cruel en esta casa
que ya no es un hogar

Me quito la ropa mojada cada
prenda un peso de este miércoles
diluvial que amenaza con ahogarme
En la ducha, el agua caliente se
mezcla con la fría de mis mejillas y
por un momento pretendo que
todo está bien que es solo otra
tarde de lluvia y que pronto vendrás
saltando en los charcos llenando la
casa de risas y barro

Úlcera de tristeza

La sala de espera es un limbo
de revistas viejas y toses incómodas
estoy aquí porque aparentemente la
tristeza puede convertirse en úlcera

Una madre regaña a su hijo inquieto
y tengo que mirar a otro lado
recordando cómo solía sostenerte
durante las vacunas, diciéndote que fueras valiente

La enfermera llama mi nombre
lo dice mal, como todo en mi vida ahora
entro al consultorio, olor a desinfectante
y a diagnósticos que no quiero escuchar

El médico revisa mi historial
hace preguntas que no sé cómo responder
¿Cómo explicar que el dolor no está en el estómago
sino en cada rincón de una casa demasiado vacía?

Me recuesto, su estetoscopio frío
busca los latidos de un corazón a media máquina
respiro hondo cuando me lo pide
exhalo años de palabras no dichas

Receta pastillas, sugiere cambios en la dieta
como si un antiácido pudiera curar
el ardor de no verte crecer

Salgo con una receta en la mano
papel que promete alivio
para un dolor que no tiene nombre

En la farmacia, espero mi turno
rodeado de gente que compra
remedios para catarros, para jaquecas
¿Tendrán algo para padres que se sienten amputados?
Vuelvo a casa, a este miércoles estéril
las pastillas suenan en el frasco
como las piedritas que coleccionabas
en nuestras caminatas de domingo

Las pongo en la mesita de noche
junto a tu foto, junto al reloj
que marca las horas de esta enfermedad
llamada ausencia

Y sé que las tomaré, obediente
aunque la única cura que necesito
no viene en frascos naranjas
sino en abrazos de miércoles por la tarde
que ya no puedo darte

Lasaña para cuatro

Me apunté a esta mierda de clase
porque el terapeuta dijo que necesitaba «hobbies»
como si cortar cebollas pudiera rebanar la tristeza

El aula huele a ajo y a sueños quemados
me pongo el delantal como quien se pone una armadura
listo para batallar contra recetas
que saben a nada comparadas con tu ausencia

La instructora habla de *julianaybrunoise*
yo solo puedo pensar en cómo cortaba tus *sándwich*
en triángulos, porque odiabas las cortezas
pequeños detalles que ahora son cuchilladas

Frío cebolla y mis ojos lagrimean
al fin una excusa para llorar en público
«Es la cebolla», digo, y todos asienten
si supieran que lloro por un ingrediente que falta

Preparo una lasaña para cuatro
como si aún fuéramos una familia
como si al llegar a casa no fuera a comerla solo
frente al televisor, masticando recuerdos

La mujer de al lado me sonríe
su delantal manchado de salsa
como mis manos manchadas de una vida anterior
le devuelvo una mueca, es lo mejor que puedo ofrecer

Al final de la clase, empacamos lo que cocinamos
la instructora felicita mi técnica

si supiera que cada corte, cada mezcla
era un intento de rebanar el nudo en mi garganta

Salgo con mi lasaña en un recipiente de plástico
el miércoles se enfría como la comida en mis manos
camino a casa, donde sé que esta cena
sabr  a todas las cenas que ya no compartiremos

En la cocina, guardo la lasaña en el refrigerador
junto a otros intentos fallidos de llenar el vacío
cierro la puerta y por un momento imagino
que estás ahí, pidiendo postre después de la cena

Pero el silencio es mi único comensal
en este miércoles que sabe a ingredientes equivocados
a recetas de una vida que ya no s  cómo cocinar
sin ti como michefasistente, riendo, haciendo desastres

Me siento a la mesa, solo
tenedor en mano, el plato un campo de batalla
donde libr  una guerra perdida
contra este apetito de normalidad que ya no tengo

JUEVES

Excavadora en la calle Guadalupe

En la calle Guadalupe, una excavadora muerde el costado de un edificio de departamentos, sus dientes metálicos arrancando historias, secretos susurrados en habitaciones oscuras, peleas de amantes y reconciliaciones a medianoche.

Me detengo a observar, fascinado por la violencia necesaria de la renovación urbana. Un hombre con casco amarillo me grita que me aleje, que es peligroso, pero ¿qué no lo es? Vivir es peligroso, amar es peligroso, este jueves es peligroso con su promesa de cambio implacable.

Pienso en todas las veces que he querido ser esa excavadora, demoler las paredes que construí alrededor de tu ausencia, desenterrar los cimientos de nuestra vida juntos y empezar de nuevo.

Pero la ciudad no para por nuestros duelos personales, sigue creciendo, devorándose a sí misma, renaciendo en formas que no reconocemos. Me pregunto si así es como te sientes en tu nueva vida, como un edificio en constante remodelación, añadiendo pisos, derribando muros.

Mientras me alejo, el polvo de la demolición se asienta en mi ropa como una segunda piel, y pienso que quizás esto es lo que significa ser padre: estar siempre en construcción, siempre a punto de ser demolido, siempre levantándose de nuevo entre los escombros.

Raíces contra el asfalto

Hoy, en el parque, vi cómo las raíces de un árbol centenario habían quebrado la acera, el concreto cediendo ante la paciencia infinita de la naturaleza. Me agaché a tocar las grietas, sintiendo la rugosidad de la corteza entrelazada con el asfalto, y pensé en cómo algunas cosas se niegan a ser contenidas, cómo crecen a pesar de nuestros mejores esfuerzos por mantenerlas ordenadas, domesticadas, predecibles.

Leonardo, ¿eres tú esa raíz, rompiendo el molde que construí para ti? ¿Estás creciendo en formas que no puedo prever, que tal vez ni siquiera pueda reconocer? La ciudad envía trabajadores para reparar la acera, pero sé que es una batalla perdida. El árbol estaba aquí primero, y estará aquí mucho después de que nosotros nos hayamos ido.

Me siento en un banco cercano y observo a la gente pasar, todos evitando cuidadosamente las grietas, adaptándose sin siquiera pensarlo. Me pregunto cuántas otras cosas estamos evitando, cuántas grietas en nuestras vidas rodeamos en lugar de enfrentar. Este jueves se siente como una grieta en la semana, un espacio donde las cosas pueden crecer de manera inesperada, donde las raíces de lo que fuimos y lo que seremos se entrelazan en un nudo que ningún trabajador de la ciudad puede deshacer.

Sintonizando el vacío

En el laboratorio de física, los estudiantes juegan con ondas de radio, girando diales, buscando señales en el ruido estático del universo. Me quedo después de clase, fascinado por la idea de que el aire está lleno de voces que no podemos oír, mensajes que viajan a través de nosotros en todo momento.

Pienso en ti, Leonardo, y en todas las cosas no dichas que flotan entre nosotros, ondas de amor y dolor y preguntas sin respuesta, vibrando en frecuencias que tal vez nunca sintonicemos correctamente. ¿Estás transmitiendo en este momento? ¿Hay una longitud de onda donde aún somos padre e hijo, inseparables?

Tomo prestado un receptor, lo llevo a casa conmigo. Toda la noche giro el dial, escuchando fragmentos de conversaciones, música de lugares lejanos, el zumbido omnipresente del cosmos. En algún momento, entre la estática y las voces entrecortadas, creo escuchar tu risa, un eco de un jueves pasado cuando el mundo era más simple, cuando nuestras frecuencias estaban perfectamente sintonizadas.

Pero el momento pasa, la señal se pierde, y me quedo escuchando el silencio, consciente de que hay universos enteros de comunicación sucediendo justo más allá de nuestra percepción. Este jueves, con su sobrecarga de información invisible, me recuerda que la conexión es posible, incluso cuando parece que estamos solos en la estática.

La crisálida del jardín botánico

En el jardín botánico de la universidad,
una crisálida cuelga de una rama baja, su
ocupante invisible transformándose en
algo que aún no podemos imaginar. Me
detengo a observarla cada jueves,
maravillado por la paciencia del proceso,
la fe ciega en un futuro desconocido.

Leonardo, ¿eres tú esa crisálida,
envuelto en un capullo de nuevas experiencias,
reformándote en alguien que no reconoceré?
¿O soy yo, suspendido en este limbo
de paternidad a distancia, esperando emerger
como algo nuevo, algo que pueda volar
más allá de los límites de lo que fuimos?

Los jardineros cuidan el área con reverencia,
conscientes del milagro que se desarrolla en silencio.
Me pregunto si así es como te ven los demás ahora,
como algo frágil y precioso, en el umbral
de una transformación asombrosa. O si así es
como me ven a mí, un hombre a medio camino
entre el padre que era y algo aún sin nombre.

Este jueves se siente como una pausa en la metamorfosis,
un momento para reflexionar sobre el cambio
que viene inexorablemente. La crisálida se mece
con la brisa, y por un momento puedo imaginarnos a ambos
rompiendo nuestros viejos yos, extendiendo alas nuevas,

encontrándonos en el aire como extraños familiares,
reconociéndonos no por lo que fuimos,
sino por lo que nos hemos permitido llegar a ser.

Eclipse en el campus

Hoy, el campus está alborotado, todos con la mirada hacia el cielo, esperando el eclipse parcial. Gafas de cartón transforman a académicos serios en niños asombrados, y por un momento las jerarquías se disuelven en la penumbra creciente.

Me encuentro pensando en todos los eclipses de nuestras vidas, Leonardo, esos momentos cuando algo se interpone, oscureciendo lo que una vez fue brillante y seguro. ¿Es nuestra separación un eclipse? ¿Estamos simplemente esperando que pase, que la luz vuelva?

El aire se enfría, las sombras se vuelven extrañas, desdibujadas en los bordes como recuerdos borrosos. Los pájaros se callan, confundidos por esta noche falsa, y pienso en cómo nosotros también nos quedamos en silencio cuando el mundo no tiene sentido, cuando la oscuridad llega en el momento equivocado.

Pero incluso en lo más profundo del eclipse, hay un anillo de fuego, un recordatorio de que la luz nunca desaparece completamente. Observo a través de mis gafas improvisadas, maravillado por cómo algo tan distante puede afectarnos tan profundamente aquí en la Tierra.

Y cuando termina, cuando el sol emerge completo de nuevo, hay un suspiro colectivo, una liberación de aliento que no sabíamos que estábamos conteniendo.

Nos quitamos las gafas, parpadeamos ante la luz normal,
un poco cambiados por lo que hemos presenciado.

Este jueves de eclipse me recuerda que las sombras pasan,
que lo que parece un final puede ser solo un interludio.
Guardo mis gafas, un souvenir de este momento
cuando todos miramos en la misma dirección,
unidos en nuestra pequeñez bajo el cielo vasto.
Y espero, como todos los que han visto eclipses antes,
el próximo momento cuando la luz regrese,
más brillante por su ausencia temporal.

Lecciones de un apicultor

En el jardín comunitario, un zumbido constante
llena el aire, abejas y mariposas en una danza frenética
de flor en flor. Me detengo a observar, fascinado por la
urgencia de su labor, la importancia de su misión
aparentemente caótica.

Un apicultor aficionado, con su traje blanco
que lo hace parecer un astronauta explorando
un planeta alienígena, me explica el proceso:
cómo cada visita, cada roce de patas y alas,
lleva vida de una planta a otra, cómo este intercambio
es la base de todo lo que crece, todo lo que da fruto.

Y pienso en ti, Leonardo, en cómo cada interacción,
cada nueva persona que conoces, cada experiencia
que tienes lejos de mí, es una forma de polinización.
Estás llevando partes de nuestra vida juntos
a tu nuevo mundo, y trayendo de vuelta
polen de una existencia que no comparto.

El apicultor me ofrece probar miel recién extraída,
y el sabor explota en mi boca, complejo y sorprendente.
Puedo saborear el trabajo de miles de abejas,
el néctar de docenas de tipos de flores diferentes.
Me pregunto si así es como sabrá nuestra relación ahora,
rica con la complejidad de vidas separadas
que de alguna manera siguen nutriéndose mutuamente.

Este jueves de polinización me recuerda
que el crecimiento nunca es un proceso aislado,
que estamos constantemente dando y recibiendo,

cambiando y siendo cambiados, en formas
que no siempre podemos ver o entender.
Mientras me alejo del jardín, cubierto de polen
y con el zumbido de las abejas aún en mis oídos,
me siento parte de algo más grande, un vasto campo
de conexiones invisibles pero vitales.
Y espero que tú también lo sientas, Leonardo,
que sepas que aunque estemos separados,
seguimos siendo parte del mismo ecosistema,
polinizando el futuro con cada día que pasa.

Palimpsesto en la biblioteca

En la biblioteca de la universidad, un estudiante de posgrado me muestra un palimpsesto, un manuscrito antiguo donde el texto original fue borrado para escribir uno nuevo encima.

Bajo luz ultravioleta, las capas de escritura se revelan, siglos de pensamientos superpuestos, compitiendo por espacio.

Observo las letras fantasmales, las historias entrelazadas, y pienso en cómo nuestras vidas son palimpsestos andantes, cada experiencia escribiendo sobre la anterior, nunca borrando completamente, sino añadiendo complejidad, profundidad a nuestra historia personal.

Leonardo, ¿qué estás escribiendo sobre nuestro texto original? ¿Qué nuevas historias estás creando en las páginas de tu vida que una vez compartimos? Y yo, ¿qué estoy garabateando en los márgenes de tu ausencia?

Paso el resto del jueves pensando en capas, en cómo la ciudad misma es un palimpsesto gigante, edificios contruidos sobre ruinas, calles pavimentadas sobre antiguos senderos, cada generación dejando su marca sin borrar completamente las que vinieron antes.

En mi oficina, reviso viejos trabajos de estudiantes, sus ideas jóvenes y brillantes asomando entre mis notas en rojo, otro tipo de palimpsesto. Me pregunto qué verá alguien en el futuro cuando examine las capas de nuestras vidas, qué conclusiones sacará de nuestras correcciones, nuestros intentos de reescribir el pasado.

Al final del día, parado frente al espejo del baño,
veo mi propio rostro como un palimpsesto viviente,
líneas de risa superpuestas a surcos de preocupación,
la sombra de la barba oscureciendo la piel debajo.
Y en mis ojos, capas y capas de emociones,
visibles solo para quien sepa cómo mirar.

Este jueves de palimpsestos me recuerda
que nada se pierde realmente, que cada versión de nosotros
sigue existiendo debajo de la superficie,
esperando ser descubierta, reinterpretada, amada de nuevo.
Y espero que algún día, cuando nuestras páginas se junten otra
vez,
podamos leer todas las capas de nuestras historias,
apreciando cada palabra, cada raspadura, cada revisión
que nos ha llevado a ser quienes somos.

Fractales en el departamento de matemáticas

En el departamento de matemáticas, una exposición de arte fractal atrae a una multitud diversa. Patrones que se repiten infinitamente, cada parte un reflejo del todo, belleza en la recursividad. Me quedo hipnotizado frente a una imagen de *Mandelbrot*, sus bordes difusos fusionándose con el caos y el orden.

Y pienso en cómo nuestras vidas son fractales, patrones que se repiten en escalas diferentes.
¿Cuánto de mí estás repitiendo en tu nueva vida?
¿Qué gestos, qué frases, qué formas de ver el mundo has llevado contigo, replicándolas sin siquiera saberlo?

Un profesor explica la matemática detrás de los fractales, cómo la complejidad surge de reglas simples repetidas. Me pregunto si el amor es así, una fórmula básica que genera infinitas variaciones, cada relación un fractal único pero reconocible.

Veo fractales en todas partes:
en las ramas de los árboles contra el cielo de la tarde,
en las grietas del pavimento bajo mis pies,
en las conversaciones que se ramifican y vuelven sobre sí mismas en la cafetería.

En casa, preparo la cena, cortando un brócoli, maravillándome por enésima vez de su estructura fractal. Cada florete un mini árbol, cada corte revelando nuevos niveles de similitud. Y pienso en cómo

cada comida que preparé para ti era una variación
de un tema de amor, un patrón repitiéndose
en diferentes escalas a lo largo de los años.

Antes de dormir, miro las fotos en mi teléfono,
años de momentos capturados, y veo los fractales de nuevo:
tu sonrisa repitiéndose a través del tiempo,
tus ojos reflejando los míos, nosotros reflejando
a mis padres, a los suyos, hacia atrás en el tiempo
en un patrón infinito de amor y pérdida y reencuentro.

Filosofía en el comedero de aves

Instalé un comedero para pájaros en mi ventana,
un experimento de gravitación aviar. Las aves
llegan como pensamientos multicolores.

Un petirrojo, pecho hinchado de importancia,
parece preguntarme: «¿Cuál es el sonido
de una semilla que cae en un bosque vacío?»
Antes de que pueda responder, se va,
llevándose el enigma en su pico.

Dos palomas discuten sobre una migaja,
filósofos emplumados debatiendo
la naturaleza de la propiedad.
Su arrullo, un tratado sobre ética y glotonería.

Un colibrí aparece, su aleteo un borrón de posibilidades.
¿Está aquí? ¿No está? ¿Puede algo tan hermoso ser real?
Schrödinger habría amado a los colibríes.

Al atardecer, un cuervo se posa, ojo sabio y oscuro.
«Nunca más», parece graznar, pero ¿nunca más qué?
¿Nunca más dudar? ¿Nunca más temer? ¿Nunca más amar?
Se va sin aclarar, mensajero de un dios bromista.

Cartografía de la ausencia

En el mapa de mi piel, hay un país llamado tu ausencia.
Sus fronteras se expanden cada día, conquistando territorios que
antes pertenecían a la felicidad, a la certeza. Estudio esta nueva
geografía con la dedicación de un cartógrafo
obsesivo.

Aquí, en la curva de mi codo, el río de lágrimas no derramadas.
Allí, en la palma de mi mano, el desierto donde antes florecían tus
risas.

Mis costillas son cordilleras que protegen un corazón convertido
en capital abandonada.

Cada noche, recorro estas tierras desoladas,
buscando un oasis de memoria donde tu imagen aún perdure
fresca.

Soy el único habitante de este país invisible,
su presidente y su paria, su creador y su prisionero.

El gato de Schrödinger

Según *Schrödinger*, existes y no existes simultáneamente.

Eres la partícula y la onda, la presencia y la ausencia.

En algún universo paralelo, nunca te fuiste.

Allí, seguimos siendo núcleo y electrón, inseparables en nuestra danza atómica.

Pero en este plano de la realidad, soy un átomo inestable, siempre al borde de la fisión.

Mi masa se convierte en energía de anhelo, radiando en todas direcciones, contaminando el presente.

Los físicos hablan de entrelazamiento cuántico, de partículas que permanecen conectadas sin importar la distancia.

Me aferro a esta teoría como un náufrago a su balsa.

Quizás, sin saberlo, aún estamos sincronizados, tus latidos son un eco de los míos a través del tejido del espacio-tiempo.

Cada noche, antes de dormir, mido la media vida de tu recuerdo, temiendo el día en que se desintegre por completo.

Rutina de un jueves gris

El jueves despierta con un gris persistente,
un color que se cuela por las rendijas de la persiana, tiñendo
la habitación de una melancolía suave. Me levanto, autómatas
de una rutina que ya no tiene sentido, en este día que no es
ni principio ni fin de semana.

El espejo me devuelve una mirada cansada,
ojos que han visto demasiados jueves sin ti, Leonardo.
Me afeito, cada pasada de la navaja un ritual
que intenta cortar los recuerdos, pero solo logra
avivar el dolor de tu ausencia.

En la cocina, preparo café para uno,
la cafetera borbotea, única voz en este silencio.
Solías despertarte con el aroma, corriendo escaleras abajo,
pidiendo tu chocolate caliente, tu risa llenando cada rincón.
Ahora, solo el tic-tac del reloj marca el paso del tiempo.

Desayuno mirando por la ventana,
San Cristóbal despierta lentamente, ajena a mi soledad.
Veo padres llevando a sus hijos a la escuela,
una visión que apuñala mi corazón con precisión quirúrgica.
Aparto la mirada, pero la herida ya está abierta.

Me visto para el trabajo, la camisa y corbata
una armadura contra un mundo que sigue girando.
En el perchero, tu pequeña chaqueta aún cuelga,
esperando un jueves que no llega,
un brazo que ya no la llenará.

Salgo a la calle, el frío de la mañana
un breve despertar de este sueño llamado vida.
Camino hacia la universidad, cada paso un eco
de los jueves pasados, cuando tu mano en la mía
hacía de este trayecto una aventura.

Y así comienza otro jueves, Leonardo, otro día
en este calendario del dolor, donde cada fecha
es un recordatorio de lo que perdimos, de lo
que nos quitaron. El sol eventualmente
romperá entre las nubes, pero la sombra en mi
corazón, esa permanece, fiel compañera en
estos eternos días sin ti.

VIERNES

Metamorfosis interrumpida

El día se arrastra como una larva,
gordo de promesas y expectativas ajenas.
Me miro al espejo y veo un capullo vacío,
la crisálida de un padre que ya no soy.

En la oficina, mis colegas son mariposas frenéticas,
aleteando planes de fin de semana,
su éxtasis es una burla a mi estado larvario.
Yo, inmóvil, me adhiero a la pared de los días.

La transformación que ansío nunca llega.
Cada semana, la misma promesa de cambio,
el mismo dolor agudo de alas que no crecen,
de una vida suspendida en el casi.

Leonardo, ¿eres tú el lepidopterista
que me ha clavado a este corcho de rutina?
¿O soy yo, que no se atreve a romper
esta cáscara de falsa crisálida?

El fin de semana se acerca, amenazante,
con su red de horas vacías.
Y yo, insecto imperfecto,
me preparo para otra metamorfosis fallida.

En este jardín de ausencias,
las flores son recuerdos que no polinizo.
Cada día, una nueva hoja marchita
cae del árbol de nuestra separación.

¿Cuándo llegará la primavera de nuestro
reencuentro?

¿O estoy destinado a este invierno eterno,
congelado en una forma intermedia, ni oruga
ni mariposa, solo un padre a medias?

Armadura de viernes

Las horas caen como bloques de Tetris,
geométricas, implacables, acumulándose. Intento
encajarlas en los huecos de mi semana, pero tu
ausencia es una pieza que nunca embona.

Giro los minutos, buscando el ángulo perfecto
para llenar el vacío que dejaste.
Pero cada intento solo crea más espacios,
más huecos imposibles de rellenar.

El trabajo, las reuniones, las comidas solitarias:
fichas de colores en este juego absurdo.
Las apilo cuidadosamente, creando muros
que no logran contener la inundación de tu recuerdo.

Mis colegas juegan su propio Tetris vital,
encajando familia, amor, éxito con facilidad.
Yo solo veo la pantalla de *Game Over*,
parpadeando en el monitor de mi existencia.

Leonardo, ¿eres tú la pieza perdida
que completaría esta partida imposible?
¿O soy yo el jugador torpe
que nunca entendió las reglas del juego?

La noche llega, la pantalla se oscurece.
Otra ronda perdida en este arcade del corazón.
Inserto otra moneda de esperanza,
listo para intentarlo de nuevo mañana.

En este salón recreativo de la nostalgia,
cada máquina es un recuerdo que no logro superar.
Los sonidos electrónicos de la felicidad ajena son el
fondo musical de mi partida solitaria.

¿Cuándo lograré el puntaje perfecto?
¿Cuándo se alinearán las piezas de nuestra vida?
Hasta entonces, sigo jugando,
soy un *gamer* empedernido en el Tetris
de la paternidad interrumpida.

Palomitas frías a medianoche

El viernes amanece con una promesa vacía,
un susurro de fin de semana que ya no significa nada.
Abro los ojos a una habitación que parece más grande,
más vacía, más fría sin el eco de tu risa mañanera.

Me levanto, los huesos pesados de una semana sin ti,
cada movimiento es un recordatorio de lo que falta.
El espejo me devuelve una mirada que no reconozco,
ojos hundidos en un rostro que envejece sin tu presencia.

En la cocina, preparo café para uno,
la cafetera borbotea, única voz en este silencio de viernes.
Solías despertarte temprano los viernes, Leonardo,
emocionado por el último día de escuela, por el fin de semana por
venir.

Desayuno mirando el calendario en la pared,
otro viernes marcado con una X, otro día sin ti.
Afuera, San Cristóbal despierta con energía renovada,
ajena a mi dolor, a este viernes que es solo otro día gris.

Me visto para el trabajo, la camisa y corbata
una armadura contra un mundo que celebra los viernes.
En el perchero, tu mochila escolar aún cuelga,
esperando un viernes que no llegará, un niño que ya no correrá a
la escuela.

Salgo a la calle, el aire fresco de la mañana
lleva risas de niños que van a clase, emocionados por el día.
Cada risa es un cuchillo que se hunde en mi pecho,
cada mochila un recordatorio de la tuya, vacía en casa.

Y así comienza otro viernes, Leonardo,
otro día que debería ser de anticipación y alegría,
pero que es solo un eslabón más en esta cadena de ausencia,
un día sin sol en este eterno invierno sin ti.

Inventario de una habitación vacía

El reloj marca las ocho, la hora en que solíamos acurrucarnos en el sofá, listos para nuestra película semanal. Ahora, el sofá parece demasiado grande, demasiado vacío, un recordatorio más de tu ausencia, Leonardo.

Enciendo la televisión, más por costumbre que por interés. Las voces y risas enlatadas llenan la sala, un pobre sustituto de tu risa, de tus comentarios ingeniosos sobre cada escena, de tus preguntas interminables.

En la cocina, preparo palomitas para uno, el aroma dulce y salado llena la casa, pero solo acentúa el vacío, el silencio. Las vierto en un tazón demasiado grande, sabiendo que la mayoría se quedarán sin comer.

Vuelvo al sofá, me hundo en los cojines, la manta que solíamos compartir ahora solo me cubre a mí. Cambio de canal sin ver realmente, cada programa un eco de los que veíamos juntos.

A medianoche, la maratón de películas termina. Me encuentro mirando una pantalla en negro, mi reflejo un fantasma en el cristal. Las palomitas, frías e intactas, son un testimonio de esta noche de viernes que no fue.

Me levanto, músculos entumecidos por la inmovilidad, apago las luces, subo las escaleras.

En el pasillo, tu habitación cerrada me llama,
pero no tengo el valor de abrir la puerta,
de enfrentar ese santuario de recuerdos.

En mi cama, el insomnio me espera,
fiel compañero de estas noches de viernes.
Cierro los ojos, pero solo veo
escenas de los viernes que ya no tendremos:
tu graduación, tu primer baile, tu boda.

Y así termina otro viernes, Leonardo,
otra noche que debería estar llena de risas y palomitas,
de películas y abrazos, de planes para el sábado.
En cambio, es solo otro recordatorio
de lo que hemos perdido, de lo que nos han quitado.

Mientras el sábado se acerca sigilosamente,
me pregunto cuántos viernes más
tendré que soportar sin ti,
cuántas noches de película veré solo,
antes de que este dolor se convierta en algo soportable,
antes de que los viernes vuelvan a tener
algún significado más allá de tu ausencia.

Tetris de horas vacías

El reloj marca las doce, el viernes se desvanece
en la penumbra de esta habitación demasiado silenciosa.
Estoy en tu cuarto, Leonardo, rodeado de tus cosas, cada
objeto es un grito mudo en la quietud de la noche.

Tus juguetes, ordenados en los estantes,
esperan pacientes el regreso de manos pequeñas.
Tus libros, con marcadores aún en las últimas páginas leídas,
historias interrumpidas, como la nuestra.

En tu escritorio, deberes a medio hacer,
el lápiz aún donde lo dejaste aquella última mañana.
¿Cómo sería tu letra ahora? ¿Qué historias escribirías?
Preguntas que se pierden en el vacío de esta medianoche.

Tu ropa en el armario, camisetas que ya no te quedarían,
zapatos que otros pies llenarían ahora.
Tomo una, la acerco a mi rostro,
buscando en vano un aroma que el tiempo ha borrado.

En la pared, un calendario congelado en el tiempo,
el último viernes que estuviste aquí marcado con un círculo rojo.
Planes para el fin de semana que nunca llegó,
promesas de un futuro que nos fue arrebatado.

Me siento en tu cama, el colchón cede bajo mi peso,
tan diferente de cuando me sentaba a leerte cuentos.
Tomo tu almohada, la abrazo contra mi pecho,
como si al hacerlo pudiera abrazarte a ti.

Las lágrimas, esas viejas conocidas,
hacen su aparición,
silenciosas compañeras en estas vigílias

SÁBADO

Jardín de tiempos cruzados

En el jardín, el rocío cubre los rosales
muertos. Ayer florecían, mañana
volverán a florecer. El tiempo se dobla
sobre sí mismo como las páginas de un
libro que leo una y otra vez.

Mi hijo juega en el columpio,
su risa es un eco que viene del futuro.
¿O es del pasado? Ya no estoy seguro.
Sus ojos son los míos, los de mi madre,
los de un extraño que seré.

Cavo en la tierra fría,
buscando las raíces de nuestra historia.
Encuentro relojes enterrados,
sus manecillas girando hacia atrás.

En la casa, las fotografías cambian:
rostros que envejecen, rejuvenecen, desaparecen.
Me pregunto cuántas veces he vivido este momento,
cuántas veces más lo viviré.

La noche cae. O tal vez amanece.
En este jardín, todos los tiempos son uno.

Teoría de la expansión del vacío

El día que te fuiste, el universo se expandió.
Los científicos no lo notaron, pero yo sí. Cada
átomo de mi ser se estiró, tratando de abarcar
el vacío que dejaste.

Dicen que la materia no se crea ni se destruye,
pero no saben de la alquimia del dolor,
cómo transforma la presencia en ausencia,
el amor en un agujero negro que todo lo consume.

En mis sueños, viajo a otros mundos, donde
nunca te fuiste, donde nunca llegaste. Me
pregunto si esos otros «yo» son más felices, si
saben lo que han ganado, lo que han perdido.

La entropía del corazón es un teorema no probado.
Cada día, me desordeno un poco más,
mis partículas dispersándose en el tiempo,
buscándote en cada línea temporal.

Espejo genealógico

Mi abuela me mira desde el espejo,
sus ojos jóvenes, sin arrugas que aún no ha ganado.
Le pregunto sobre un futuro que es mi pasado, pero
ella solo sonríe, guardando secretos que aún no ha
vivido.

En el ático, una cuna espera a un bebé
que fui, que seré, que nunca seré.
La mecedora se mueve sola,
impulsada por corrientes de tiempo.

Hojeo el álbum familiar:
fotos de bodas que aún no se han celebrado,
funerales de los que aún no han nacido.
En cada página, los rostros cambian,
genes bailando una danza caótica de posibilidades.

Me pregunto si el amor es hereditario,
si el dolor se transmite a través de los eones.
En el árbol genealógico, cada rama es una pregunta:
¿Quién soy en la historia que aún no se ha escrito?

Ciclo de pétalos

Cada mañana, el sol sale como una promesa
repetida.

Me pregunto si es el mismo sol, si soy el mismo
yo que despertó ayer, que despertará mañana.

En el jardín, las flores se abren y se cierran,
un reloj natural que mide más que horas.
Cuento los pétalos: pasado, presente, futuro.
Todos caen en la tierra, se convierten en semillas,
esperando otro ciclo, otra vida.

A veces, en el crepúsculo, veo sombras
de lo que fuimos, de lo que seremos.
Se mueven entre los árboles, susurrando verdades
que olvido al amanecer.

¿Es esto el infierno o el paraíso?
Vivir cada momento como si fuera único,
sabiendo que es infinitamente repetido.
El peso de la eternidad en cada elección,
la ligereza de saber que nada es final.

Al acostarme, repito una oración sin palabras.
Una súplica, una gratitud, por este día
que fue, que es, que será siempre.

DOMINGO

El roble de futuros pasados

En el jardín, un roble joven crece
donde antes no había nada. Sus hojas
susurran secretos del futuro, su corteza
guarda cicatrices del pasado.

¿Es este el árbol que plantamos juntos, Leonardo,
en un mañana que aún no ha llegado?
¿O es el recuerdo de una semilla
que olvidé plantar hace años?

Toco su tronco y siento
el pulso de temporalidades entrelazadas.
En sus anillos leo una historia
que aún no hemos vivido.

Un nido vacío entre sus ramas
espera pájaros que ya han volado.
¿O que aún no han nacido?

El tiempo es un laberinto de raíces,
y nosotros, perdidos en su abrazo,
buscamos un camino de regreso
a un hogar que existe
en todos y en ningún momento.

Inversiones matutinas

El sol sale por el oeste hoy.
Los pájaros cantan melodías inversas.
El rocío sube del césped al cielo.

Me pregunto, ¿es el mundo el que está al revés,
o soy yo quien ha olvidado cómo mirar?

En la acera, tus huellas
aparecen frente a mis pasos,
guiándome hacia un ayer
que es también mañana.

Cada flor que se abre
es un recuerdo que se cierra.
Cada hoja que cae
es una promesa que se eleva.

Leonardo, ¿en qué tiempo existes ahora?
¿En el pasado que no puedo cambiar,
o en el futuro que temo alcanzar?

Quizás la mañana sea la verdadera noche,
y este anhelo, la única constante
en un universo de variables infinitas.

Ondas en el estanque cuántico

En el bosque, un estanque escondido
refleja todos los cielos posibles. Me acerco a
su orilla, temiendo y anhelando ver tu rostro
en sus aguas.

¿Estás ahí y no estás,
como el gato en su caja cuántica?
¿Eres la onda o la partícula,
el hijo perdido o el que aún no encuentro?

Lanzo una piedra, observo los círculos expandirse.
Cada onda es una línea temporal diferente:
en una, nunca te fuiste;
en otra, nunca exististe;
en esta, soy yo quien se ha perdido.

El agua se calma, y por un instante
veo todas las versiones de nosotros:
padre e hijo, extraños y amigos,
presentes y ausentes, todo a la vez.

Comprendo entonces que el amor,
como la luz, es onda y partícula.
Está en todas partes y en ninguna,
y solo existe cuando lo observamos.

Formación de gansos impares

Gansos cruzan el cielo otoñal,
su formación en V una pregunta sin respuesta.
Los cuento: uno, dos, tres...
Siempre un número impar.

¿Eres tú el ganso faltante, Leonardo?
¿O eres el espacio entre ellos,
la ausencia que da forma a su presencia?

Los sigo con la mirada hasta que desaparecen,
luego los veo regresar del otro horizonte.
Un bucle infinito de partidas y regresos.

Me pregunto: ¿cuántas veces han volado así?
¿Cuántos otoños han vivido en un solo día?

Quizás el tiempo sea como estas aves:
siempre en movimiento, siempre regresando
a un hogar que nunca es el mismo.

Y nosotros, observadores en tierra,
añorando alas para unirnos al vuelo,
para encontrarte en ese espacio
entre el ayer y el mañana.

Colibrí en todos los tiempos

El atardecer llega antes de que el día comience.
Sombras se alargan hacia un pasado que aún no ha
sucedido.

En el jardín, las flores se cierran y se abren,
viviendo sus vidas al revés.
Me pregunto si así es como te sientes, hijo mío,
creciendo hacia la infancia en algún otro cuando.

La luz juega entre las hojas,
creando patrones que son códigos y profecías.
Intento descifrarlos, buscando pistas
de dónde – o cuándo – podría encontrarte.

Un colibrí se detiene en el aire,
sus alas un borrón de posibilidades.
Por un momento, existe en todos los tiempos a la vez.
¿Es así como debería amarte?
¿Como algo que es siempre y nunca,
eternamente presente en su ausencia?

La noche cae, o quizás asciende.
Las estrellas cuentan historias de futuros pasados
y recuerdos que aún no se han formado.

En esta oscuridad iluminada, aprendo que el tiempo
es un río circular,
y que cada momento contiene todos los momentos.

Tú estás aquí, ahora, siempre.
En el latido entre segundos, en
el espacio entre los átomos,
en el silencio entre mis latidos.

Los días sin sol, de Leonardo Rampardal se publicó en el otoño de 2024
bajo el sello editorial Cefeo, el cuidado editorial estuvo a cargo de Derek Simón



"Los días sin sol" es un poemario crudo y honesto que explora la ausencia y el dolor de un padre separado de su hijo. A través de 488 días, Leonardo Rampardal disecciona la rutina de una vida interrumpida, transformando lo cotidiano en un campo de batalla emocional.

Estructurado en siete capítulos, uno por cada día de la semana, el libro es un viaje circular por el laberinto del tiempo y la memoria. Cada poema es un intento de dar sentido a un mundo repentinamente vacío, donde los relojes marcan horas huecas y los espejos reflejan una identidad fragmentada.

Con un lenguaje que oscila entre la precisión científica y la abstracción poética, Rampardal crea un universo donde la física cuántica se entrelaza con los recuerdos de un columpio vacío, y donde cada amanecer es una nueva lección en el arte de extrañar.

"Los días sin sol" no es una elegía ni un ruego. Es un documento meticuloso de la ausencia, un inventario del vacío, y, quizás, un mapa para navegar el espacio entre el amor y la pérdida.

